

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos dado tan hermosos modelos en los primeros cristianos: haced que imitemos su pureza, su desprendimiento de las criaturas y su santidad.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero hacer bien mis acciones de cada dia.

LECCION VIII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION.)

Roma subterránea.

La verdadera santidad no consiste en cumplir únicamente con nuestros deberes para con Dios y para con nosotros mismos; exige además que observemos fielmente nuestras obligaciones para con el prójimo. Hemos visto que la vieja sociedad estaba muy distante de hacerlo, y á la ley de odio que se manifestaba en todas las relaciones de los gentiles entre sí, nuestros padres oponian la suave ley de la caridad universal. La caridad era entre todas las virtudes de la Iglesia naciente la que mas asombraba á los gentiles, porque todos los dias la veian brillar de mil modos, lo mismo en las grandes ocasiones que en los mas insignificantes pormenores de la vida.

Fieles á este principio del divino Maestro: *Ama al prójimo como á tí mismo; bendice al que te haga mal; ruega por los que te persigan; se conocerá que sois mis discipulos si os amais unos á otros*, todos los miembros de la jóven sociedad no formaban mas que un corazon y un alma.

Para proceder con orden, hablarémos en primer lugar del amor de los padres hácia sus hijos, y de los hijos hácia sus padres; en seguida, del amor de los esposos hácia sus esposas, y de estas hácia aquellos; de los hermanos y hermanas recíprocamente, y finalmente, llegarémos por grados á demostrar que la inmensa caridad de nuestros padres abarcaba todos los hombres, hasta á sus enemigos y verdugos.

En tanto que los gentiles no temian dar muerte á sus hijos antes de nacer ó exponerles brutalmente despues de su nacimiento, para no tomarse el trabajo de mantenerlos, nuestros padres miraban á sus hijos como una bendicion, y no omitian precaucion alguna para conservar los que Dios les habia dado. La madre se imponia el sagrado deber de alimentarlos para que recibiesen con la leche materna las santas máximas de la Religion, y á su cariño se agregaba una especie de adoracion, porque miraban á sus hijos como hermanos de Jesucristo, templos vivos de la augusta Trinidad y depósitos preciosos de quienes les pediria exacta cuenta el cielo. Imbuido en estos sentimientos, veíase al santo mártir Leónidas, padre del grande Origenes, aproximarse muy despacio á la cuna de su hijo dormido,

descubrirle el pecho y besarlo con respeto como al santuario del Espíritu Santo.

Cuando la edad lo permitía, su único cuidado era la educación de sus hijos¹. « Ó no tomamos el estado del matrimonio, decía san Justino, ó si lo hacemos es únicamente para dedicarnos á la educación de nuestros hijos, y solo vivimos por ellos y para enseñarles la santa doctrina². » Efectivamente, el punto capital de la educación consistía en enseñar á los hijos las verdades de la Religión, y formarlos para la virtud y las obras de caridad. El Evangelio era su libro clásico, y en él aprendían á pensar, á amar, á perdonar, á obrar como el Hombre-Dios, y á ser, por consiguiente, hombres de prez para la sociedad y santos para el cielo. Oigamos á san Jerónimo como indica á una madre cristiana las reglas que ha de seguir en la educación de su hija.

« Pensad en los sagrados deberes que os impone el precioso depósito que os ha sido confiado; escuchad, pues, el modo como debe ser educada un alma destinada á ser el templo de Dios. Las primicias de todas las cosas se deben especialmente al Señor; así es que las primeras palabras, así como los últimos pensamientos del niño deben ser consagrados á la piedad; la alegría de una madre cristiana consistirá en oír á su hijo pronunciar con débil voz é inseguro acento el dulce nombre de Jesucristo, en escuchar los sonidos aun mal articulados de aquella lengua delicada entonando piadosos cantos. Desde el momento en que sea posible ejercitar la memoria de vuestro hijo, hacédle aprender los Salmos; lean el Evangelio y los escritos de los Apóstoles, el tesoro de su corazón; hacéd que os recite diariamente algunos pasos del mismo, que serán como un ramillete de flores cogidas en las sagradas Escrituras que os ofrecerá cada mañana; sean ellos sus primeras joyas y su adorno mas precioso, sean ellos los habituales juegos que le ocupen en el momento de dormirse y en aquel en que se despierte³. »

Admiremos la sabiduría de tales preceptos al mismo tiempo que consideramos la fortaleza de las almas que se formaban segun ellos. Los tiempos han cambiado y las costumbres tambien; en nuestros dias se espera con ansia el momento de cargar la imaginación y memoria de los niños con una multitud de conocimientos estériles y las mas de las veces peligrosos; se les cansa con estudios prematuros, y al paso que se les enseñan cuidadosamente las absurdas farsas de la antigua mitología, vense padres cristianos que les dejan ignorar los princi-

¹ Athen. *Legat.* n. 35, pág. 332; id. n. 33, pág. 33; S. Clem. Alex. *Pædag.* lib. II, c. 10.

² *Apol.* c. 1, n. 29; id. c. 2, n. 4.

³ *Epist. ad Læt.* lib. VII; id. ad Gaudent. pág. 396.

pios de la divina ciencia, sin la cual la sabiduría humana no es mas que error y vanidad.

« Preservad á vuestro hijo, continúa san Jerónimo, de todos aquellos libros que introducen en el seno del Cristianismo un lenguaje enteramente gentilico; ¿qué puede haber de comun entre los profanos cantos del Gentilismo y las castas melodías de la lira de los Profetas? ¿Cómo acordar á Horacio con David, á Virgilio con los santos Evangelistas? En vano se dirá que la intención no es mala; pues es siempre un escándalo ver á la virgen de Jesucristo, á un alma cristiana en un lugar consagrado á los ídolos; nos está prohibido beber á un tiempo en el cáliz de Jesucristo y en el cáliz de los demonios⁴. No participéis tampoco de la máxima de que conviene enseñar cuanto antes á la juventud ciertas cosas que sabrá despues, pues para contenerse no hay como ignorar las cosas cuyo conocimiento induce á deseñarlas; la ignorancia es la mejor garantía de la inocencia⁵. »

Nuestros padres querían que sus hijos jamás permaneciesen ociosos, y hacían suceder asiduamente la lectura á la oración, y la oración á la lectura, mezclando las ocupaciones domésticas con los ejercicios religiosos, y multiplicando el tiempo con tan sabia variedad. Velaban además con escrupuloso cuidado sobre la elección de los compañeros que crecían al lado de sus hijos, y nunca sufrían cerca de ellos á criados sospechosos; de cerca y de lejos vigilaban sus juegos, sus vestidos, su alimento: sus juegos, impidiendo todas las diversiones en que reina el desorden y la confusión; sus vestidos, porque la modestia cristiana rechaza todo exceso, y así como no quiere fausto en los adornos, tampoco admite la suciedad en el traje, y evita sin afectación así los vestidos elegantes en exceso como un traje desordenado; los primeros atraen cerca de una jóven á los libertinos que no la respetan, y el segundo manifiesta que no se respeta á sí misma; su alimento, alejando de sus hijos toda clase de sensualidad. En efecto, es conveniente que los niños experimenten á veces ciertas privaciones, á fin de que jamás olviden que se hallan en la tierra bajo las mismas condiciones que tantos otros, quienes carecen con frecuencia de lo necesario⁶.

Estas lecciones de virtud daban sus frutos, porque nuestros padres ofrecían por sí mismos el ejemplo; su amor para sus hijos era tan prudente como tierno y cuidadoso, y si se trataba de procurarles la felicidad eterna, no retrocedían delante de sacrificio alguno, siendo los primeros en alegrarse si una santa y gloriosa muerte les devolvía

⁴ *Epist. ad Eustoch.* pág. 42.

⁵ *Epist. ad Læt.* pág. 594.

⁶ *Epist. ad Læt.* pág. 594.

á su Padre celestial y ponía en posesion de sus imperecederos goces.

Entre un gran número de ejemplos de amor tan animoso, citarémos solo uno: El emperador Valente mandó que se cerrasen las iglesias de los Católicos, y por lo tanto nuestros padres, prefiriendo obedecer á Dios que á los hombres, se reunian todos los domingos fuera de la ciudad para asistir á los divinos oficios; súpolo el Emperador, y enfurecido ordenó que se diese muerte á cuantos cristianos concurriesen á aquellas reuniones; mas el prefecto de la ciudad, llamado Modesto, menos bárbaro que el Emperador, advirtió secretamente á los fieles de cesar en sus reuniones, participándoles las órdenes que habia recibido. Á pesar de esto, la reunion del domingo siguiente fué mas numerosa que nunca, y al atravesar la ciudad el Gobernador seguido de sus soldados, vió á una pobre mujer que salia apresuradamente de su casa, sin cerrar siquiera la puerta, conduciendo á un niño de la mano; en su precipitacion pasó por entre las filas de soldados que llenaban la calle, pero Modesto mandó detenerla y le dijo: ¿Dónde vais con tanta prisa? — Á la reunion de los Católicos. — ¿Acaso no sabeis que voy á dar muerte á cuantos hayan concurrido á ella? — Sí, y por esto corro, temiendo perder la ocasion de sufrir el martirio. — ¿Por qué llevais con vos á ese niño? — Para que participe de igual felicidad. Admirado Modesto al ver tanto valor, se dirigió al palacio del Emperador, á quien hizo desistir de su cruel proyecto.

Á la ternura continua, vigilante y sobrenatural de sus padres, correspondian los jóvenes cristianos con un respeto y amor proporcionado á aquella; estad, pues, atentos si quereis formar vuestra vida segun el modelo de la suya. Imitadores de Jesús obedeciendo á José y á María, se anticipaban á todos los deseos de sus padres, ayudábanles en sus trabajos, y los consolaban en sus penas; si algunos tenían la desgracia de ver á sus padres sumidos aun en la idolatría, redoblaban sus cuidados y ternura para con ellos; pero tan firmes como respetuosos, se negaban á obedecerles en todo lo que era contrario á la Religion. Hacian mas; sabiendo que uno de los efectos de la caridad es instruir á los ignorantes, esforzábanse para iluminar á sus amados padres y hacerles renunciar al Gentilismo¹, hermoso ejemplo que verémos en las actas de santa Perpetua; algunas veces aquellos piadosos hijos solo recibian malos tratamientos é injurias en cambio de su tierna caridad, mas nada era capaz de desalentarles, y cuando sus oraciones no bastaban, ofrecian á Dios el sacrificio de su vida para la conversion de los infortunados autores de sus dias².

La caridad, que reinaba entre padres é hijos, unia tambien á los

¹ S. Justin. *Apol. I*, n. 411.

² Tertul. *Lib. ad Nat.* c. 4 y 7; Arnob. *Lib. II contr. Gent.* pág. 44.

esposos entre sí; y como el amor que se profesaban era casto y santo, los esposos daban á sus esposas el nombre de hermanas¹; si aquellos temian por la firmeza de estas en medio de las persecuciones, no cesaban de inspirarles valor, recordándoles las lecciones, los ejemplos y las promesas del Salvador. En esto imitaban al apóstol san Pedro, de cuya vida nos refiere el siguiente rasgo Clemente de Alejandria: Aquel santo Apóstol, que estaba casado, vió á su esposa presa por los perseguidores y conducida al martirio; llamóla por su nombre, y despues de felicitarla, le dijo: Acordaos del Señor². Tal era el noble amor de los esposos en los bellos dias de la primitiva Iglesia.

No era menos perfecto el de las mujeres para con sus maridos; dulces, afables, sumisas, cuidadosas, nada omitian para atraerlos al Señor si tenían aquellos la desgracia de profesar aun la idolatría, ó para hacerles perfectos cristianos si eran catecúmenos, á fin de que el nombre de Jesucristo fuese respetado hasta por los infieles³.

Educados en tan buena escuela, los hermanos no formaban, en toda la extension de la palabra, mas que un corazon y un alma; y de aquí sus mutuos y tiernos cuidados para alentarse en la virtud, y para sufrir con valor toda clase de suplicios antes que exponerse á una eterna separacion renunciando á la fe. Juntos aparecian en los anfiteatros y combatian y morian juntos, y si por desgracia sucumbia uno de ellos, nada era comparable al dolor de los demás, y entre lágrimas y suspiros rogaban y conjuraban al hermano ó hermana á quien no cesaran de amar, y hacian orar por él hasta que le habian vuelto al camino del deber y de la felicidad. Su tierna amistad sobrevivía á todo, y grabábanla en mil distintos símbolos en las tumbas y urnas sepulcrales⁴.

Tal era la familia cristiana en los hermosos tiempos de la Iglesia naciente, tipo admirable que Dios ha permitido se hallase en todos los siglos para impedir la prescripcion del mal; quitar á la negligencia toda excusa, y manifestar que la Religion es siempre la misma, siempre llena de vida y capaz de producir siempre los mismos efectos. Como prueba y como modelo, vamos á poner de manifiesto el interior de una familia cristiana en los tiempos modernos. ¡Ojalá que los padres no lo pierdan jamás de vista!

Á pesar de que la educacion, y la educacion cristiana sobre todo, esté casi del todo olvidada en el mundo, hay todavía madres piadosas que, persuadidas de que solo por este medio pueden asegurar la dicha y gloria de sus hijos, emplean todo su cuidado en educarles cristianamente; mas como en general es mayor su celo que sus luces,

¹ Tertul. *Ad uxor.* pág. 161 y sig.

² *Strom.* lib. III, pág. 448.

³ *Strom.* lib. IV, pág. 524.

⁴ Mamachi, *De' costumi*, etc. c. 3, pág. 16, et *Antiq. christ.* t. III, pág. 398.

se engañan con frecuencia en la elección de los medios que deben adoptar para conseguirlo; á fin, pues, de preservarlas del error, les propondremos el ejemplo de la señora Acarie, la que despues de haber edificado por largo tiempo al mundo con sus virtudes, renunció generosamente á todas las comodidades de que gozaba, para ir á terminar sus dias en el convento de Carmelitas de Pontoise, donde alcanzó la mas eminente santidad.

Aquella señora verdaderamente cristiana, que sabia el imperio que las primeras impresiones tienen de ordinario en el corazón humano, empezó á formar á sus hijos en las virtudes que la Religion y la sociedad podian exigirles desde su mas tierna edad, y para conseguirlo procuró instruirles ante todo en los primeros elementos de la fe. Hablando un dia, desde el púlpito, de la ignorancia en que los padres dejaban á sus hijos en materia de religion, el párroco de San Gervasio, quiso probarlo con un ejemplo, y empezó una frase con estas palabras: *Si pregunto á un niño qué es fe...* al momento oyóse en medio del auditorio al mas pequeño de los hijos de la señora Acarie contestar como si le hubiesen preguntado: *Es un don de Dios;* y habria continuado, si su abuelo, que le tenia sentado en sus rodillas, no le hubiese puesto la mano en la boca para impedirle hablar.

La señora Acarie explicaba frecuentemente á sus hijos la obligación que contrajeron al recibir el Bautismo de unirse únicamente á Dios y de evitar cuanto pudiese ofenderle. « Repetíanos con frecuencia, dice su hija mayor, que solo nos amaria mientras amásemos á Dios, y que si sabia que algun niño extraño á su familia tuviese á Dios mas amor que nosotros, amaria mas á aquel niño que á nosotros. »

Inspiróles desde la infancia horror por la mentira, y no les perdonaba ninguna, por ligera que fuese. « Aun cuando malbarateis y rompáis todo lo de casa, dijo cierto dia á una de sus hijas, lo olvidaré de buen grado, y nada malo os sucederá si confesais al momento vuestra falta; mas aunque fuéreis tan altas como el techo, antes buscaria mujeres para sujetaros, que dejar sin castigo una mentira; nada del mundo es capaz de hacerme variar sobre esto de resolución. »

Exhortábalas á conservar entre sí la union, y les hablaba con frecuencia de las ventajas de la paz, así como de las funestas consecuencias de la discordia. « Es preciso ceder siempre, les decia, excepto cuando el honor de Dios exige la resistencia; el que cede vence siempre á sus adversarios. »

Quería que hablasen á los criados de la casa con dulzura y cortesía, y cuando les dirigian la palabra en diferente tono, no se les debia contestar. Cierta dia que oyó á una de sus hijas hablar con altivez, reprendióla severamente y le dijo: « Me asustas, querida. ¡Qué

» tono! ¿Quién eres para hablar así? Haz que no lo oiga otra vez, » pues me enojaria de veras. »

Deseaba que obedeciesen al momento y sin murmurar, que dejasen cuanto hiciesen á la primera señal que les diese, en una palabra, que no tuviesen jamás voluntad propia. « No está bien, decia un dia » á una de sus hijas que manifestaba alguna repugnancia en que- » darse con ella en cierta casa; no está bien que una hija bien edu- » cada se fastidie en compañía de su madre, ni que tenga otra vo- » luntad que la suya. » Su hija mayor, que se encontraba con ella en el campo, tuvo deseos de ir á un pueblo vecino con algunas personas de su sociedad; la señora Acarie consintió primeramente en ello, mas queriendo luego experimentar la obediencia de su hija la mandó bajar del carruaje y recoger sus paquetes, cuando estaba ya á punto de partir; dos ó tres veces repitió la prueba, y finalmente, despues de haber edificado á todas las circunstancias, que penetraron al momento la intención de la madre, y á quienes conmovió infinito la obediencia de la hija, dió su consentimiento para el corto viaje que esta deseaba emprender.

Formaba además á sus hijos en aquel espíritu de mortificación que caracteriza al verdadero cristiano: en sus enfermedades les obligaba á tomar sin manifestar repugnancia las pociones desagradables ordenadas por el médico, y para preservarles de la sensualidad y de la intemperancia servíales en la mesa manjares comunes y casi siempre un solo plato. Exigia que jamás expresasen su gusto, y que no estuviesen descontentos de cosa alguna; tampoco queria que sus hijos decidiesen del color ni de la forma de sus vestidos, sobre lo cual ni siquiera les consultaba, y si bien evitaba el que se singularizasen, no les permitia la menor cosa que pudiese excitar su vanidad.

Finalmente, considerando la humildad como el fundamento de la vida cristiana, esforzábale para inspirar esta virtud á sus hijos, y á pesar de pertenecer á una familia noble y distinguida por sus alianzas, jamás les llamaba ni permitia que les llamasen sino por su nombre de pila. Por dispuestos que estuviesen los criados para servirles, exigía con frecuencia que se sirviesen por sí mismos, tanto que su hija mayor dice: « Como era yo muy orgullosa, mi madre para cor- » regirme me encargó los trabajos mas humillantes, como barrer la » escalera, y viendo que escogia para hacerlo los momentos en que » no podia ser vista, y que cerraba la puerta para ocultarme, quiso » que la barriese á la hora en que venia mas gente y que dejase abier- » ta la puerta. » Su hija segunda, que manifestó siempre un gran talento, hablaba muy bien y razonablemente desde la mas tierna edad; mas para impedir que germinase el amor propio en el corazón de la niña, su madre fingía á veces no oirla, ó la mandaba callar.

Para facilitar á sus hijos el cumplimiento de sus deberes é inspirar-

les el espíritu de orden, la señora Acarie hizo una regla de vida que siguieron también sus hijos mientras permanecieron á su lado, en la parte que podía corresponderles.

Desde sus primeros años sus hijas se levantaban á las siete, y á las seis cuando fueron algo más crecidas; después de vestirse recitaban la oración de la mañana, que iba seguida de una lectura piadosa; acompañábalas luego á misa, la que oían de rodillas, y durante ella decían el oficio de la santísima Virgen, si bien su piadosa madre las acostumbró después á meditar sobre el sacrificio de Jesucristo mientras lo ofrecían en su presencia.

De vuelta á casa se dedicaban á varios labores, y la señora Acarie, que nada temía tanto para sus hijos como la ociosidad, les daba el ejemplo del trabajo dedicándose á una serie de ocupaciones útiles que llenaban todo el día. La hora de la comida no se empleaba en palabras superfluas, pues la piadosa señora hablaba á sus hijos de asuntos propios para adornar su juicio ó para formar su corazón.

Todos los días, excepto los domingos y fiestas, seguía á la comida una hora de recreo, durante la cual la madre que participaba en los juegos de sus hijas les enseñaba á servirse de los juguetes que les había comprado; queriendo que sus hijas estuviesen alegres y gozasen durante aquellos momentos de solaz, decía á las que permanecían graves: « La afectación no sirve sino para embotar el ingenio, y una » gravedad precoz se va ordinariamente del mismo modo que ha venido. »

Á las tres recitaban Vísperas, escuchaban alguna lectura piadosa, y volvían luego á sus labores. Por la noche las dos más jóvenes daban cuenta de los pensamientos que les habían ocupado principalmente durante el día; si se había suscitado entre ellas alguna disputa, se les mandaba pedirse mutuamente perdón y abrazarse para sellar la reconciliación. Después de la cena leíase la *Vida de los santos*, terminando los ejercicios del día con el examen de conciencia, el canto de las letanías y la oración de la noche.

Los domingos y días festivos la señora Acarie acompañaba á sus hijas á la misa de la parroquia, y por la tarde volvían á la iglesia para oír el sermón y las Vísperas; de regreso á su casa debían dar cuenta de todo lo que se había dicho desde el púlpito, á cuyo ejercicio se consagraba ordinariamente la hora de la comida.

Cuando podía ganarse alguna indulgencia, aquella santa madre acompañaba ella misma á sus hijas hasta la iglesia indicada para procurarse beneficio tan precioso á los ojos de la fe, y en estas ocasiones, lo mismo que en la Cuaresma y fiestas solemnes, cuidaba de que sus hijas tuviesen á su disposición algún dinero para repartirlo á los pobres, siendo su mayor placer el verlas contraer la costumbre de practicar buenas obras.

Sus hijas eran aun muy jóvenes cuando se acercaron por primera vez al sacramento de la Eucaristía, mas su tierna edad no les impidió conservar los saludables frutos de la primera comunión; su madre nada omitía para que estuviesen en estado de comulgar en todas las fiestas principales del año, y con más frecuencia aun cuando hubieron progresado en la piedad; ella misma las disponía para tan grande acción, hablándolas de su importancia con algunos días de anticipación, y ayudándolas á practicar los actos convenientes.

Por bien educados que estén los niños, pueden recibir en un instante las más funestas impresiones; así es que la señora Acarie velaba atentamente para que no se acercasen á los suyos sino personas cuya virtud y prudencia le fuesen bien conocidas; guiada por el mismo principio, deseaba hallar en los maestros que debía dar á sus hijos la vigilancia y la firmeza unidas á la piedad y á la ciencia; y á los que se admiraban de que hubiese preferido Mr. Blanzi, al cual apenas conocía, á Mr. Calvy, á quien profesaba particular estimación, decía: « Mr. Calvy es dulce é indulgente; Mr. Blanzi es » severo, y no deja sin correctivo la menor falta de sus alumnos, y » esto es lo que deseo para mis hijos. » Por lo demás, no se crea que tratase con dureza á sus hijos, pues su hija mayor nos dice: « Tra- » tábanos con gran dulzura, pero unía á esta tan majestuosa é » imponente gravedad, que nos era imposible resistirnos á su deseos. »

Cuerdamente severa para con sus hijos cuando cometían alguna falta, prodigábalas mil caricias cuando se hallaba contenta de ellos, en cuyas ocasiones era tan vivo el placer que experimentaba, que su corazón parecía dilatarse: prometiéndoles darles cuanto le pidiesen, y con tal de que sus demandas fuesen razonables, cumplía fielmente su promesa. En sus enfermedades cuidábalas ella misma, pasaba noches enteras á la cabecera de su cama, y les prodigaba cuantos servicios necesitaban. La caridad con que su buena madre les servía les alentaba para sufrir con paciencia, y accedían á todo, para evitarle fatigas con su pronta curación; finalmente aprendían de ella á vencerse á sí mismos cuando tuviesen que prestar á los demás semejantes servicios.

Tan esmerada educación produjo los frutos que eran de esperar; á ella debieron las tres hijas de la señora Acarie el ser admitidas en el Carmelo, donde murieron santamente, después de haber ocupado los primeros puestos, y *si*, para servirnos de la expresión de san Francisco de Sales, *tardaron sus hijos*, y dieron en ciertos momentos inquietudes á su madre acerca de su salvación, los honrosos cargos que desempeñaron en la Iglesia y en el Estado, y las buenas esperanzas que en ellos concibió el mismo Prelado cuando les volvió á ver en París, un año después de la muerte de su madre, prueban que por fin se aprovecharon de la educación que recibieran.